

LECTURAS

Nº 10 En este número:
COX-CITY, CUENTO
Por
Guillaume Apollinaire



HONORIO

Oluf Christiansen, el ángel de la guarda de los náufragos

Por LUIS ENRIQUE DELANO

Valparaíso tiene un hombre del cual se enorgullese. Este es el Capitán Oluf Christiansen, danés de nacimiento. Lo hemos incluido en Gente Nuestra, porque él se siente mucho más chileno que danés. He aquí algunos de los rasgos del hombre que ha salvado a más de 360 náufragos, de perecer entre las agitadas olas de nuestro paradógico Océano Pacífico.

CASI no hay nadie en el puerto de Valparaíso que no conozca al capitán Oluf Christiansen; nadie que no le haya visto cuando camina, cimbrando su cuerpo a derecha e izquierda, como una barca al paio.

—Allá viene Christiansen,—dice la gente.—Vamos a preguntarle si habrá o nó temporal.

Porque en esa materia Christiansen es pe-ríto. Parece reconocer por el olor el viento que está soplando. Así, contrae las aletillas de la nariz, vuelve la cabeza hacia los lados, y dice:

—Tenemos norte. No sería raro que el temporal se dejara sentir antes de la noche.

Es un hombre de un cuerpo atlético — espaldas formidables, brazos anchos y musculosos, cuello de toro. Su cara es de tipo rubio, del norte. Se advierte a primera vista que por el semblante del Capitán Christiansen han arañado los vientos y los soles de países muy diferentes.

No podría desmentir el lugar de su nacimiento, la lejana Dinamarca, porque su rostro lo revela: ojos claros, cabellos rubios, nariz corta, boca caída en los extremos, en un rictus de preocupación.

Pero, ¿quién es el Capitán Oluf Christiansen?, se lo preguntarán los lectores. Ya lo van a saber, y lo van a admirar y querer, como se le admira y se le quiere allá. En realidad, la misión que se ha impuesto y desempeña tan perfectamente, lo hace acreedor al agradecimiento de todo un puerto.

Christiansen es el jefe, el Capitán del Cuerpo de Salvataje de Valparaíso.

Antes, a cada temporal, el mar se llevaba a dormir el sueño sin término, dentro de su

seno, no sólo a las embarcaciones, sino también a los hombres. Hubo veces en que, durante naufragios ocurridos muy cerca de la bahía, no fué posible salvar, a pesar de todos los esfuerzos, a muchos tripulantes, los cuales ensayaron entonces el gran viaje, que en un solo salto lleva desde la vida a la muerte. Lamentable, sin duda, pero sin remedio.

Un día de tempestad apareció un hombre de anchas espaldas, vestido de hule y cubierta la cabeza con el sombrero llamado por los marinos "south-west", de ala caída atrás. Ese hombre se embarcó, en compañía de otros valientes, en un botecillo insignificante y se hizo a la mar, en medio del espanto de todos los que contemplaban la escena.

—He ahí cuatro locos que no regresarán, se dijeron los curiosos del malecón, cuando el bote se alejaba mar adentro, dando tumbos fantásticos y caídas vertiginosas en los abismos formados por las olas.

A poco de haber salido, el bote volvía al muelle, trayendo a dos hombres semi-ahogados, que sin la intervención de los audaces, habrían perecido irremisiblemente.

El que mandaba a esos tres valientes era Oluf Christiansen, y con ese viaje a la alta mar, en un atardecer de feroz temporal, quedaba fundado el Cuerpo de Salvavidas de Valparaíso.

Muchos hombres del puerto se entusiasmaron con la magnífica lección de audacia y humanidad que había dado Christiansen, y fueron a formar en sus filas. Eran simples voluntarios, a quienes nadie pagaría sus servicios ni sus riesgos. Debían, además, adquirir de su propio peculio el equipo de mar de los Salvavidas de Valparaíso: trajes de hule, botas de goma, salvavidas de corcho y el "south-west", el mismo que todos hemos visto en esos grabados que representan a los pescadores noruegos. Tenían también que poseer conocimientos previos de mar, manejo del bote salvavidas, etc., etc. No constituía, pues, un cargo muy alentador el de salvavidas. Pero la actitud de Christiansen, tan desinteresado y valiente, era como para atraer a cualquiera a servir bajo sus órdenes. Fué el Capitán, por derecho propio, de los audaces, que día a día aumentaron, hasta pasar de 30.

Hasta que el Ministro de Marina se dió

cuenta de los valiosos servicios que prestaban los salvavidas. Durante los temporales, eran ellos los encargados de traer a tierra a los náufragos, de prestar auxilio a cuanto barco se encontraba en peligro, de llevar viveres a los navíos que no podían enviar gente a tierra, etc. Y el Ministerio decidió ayudar a Christiansen y los suyos, no con una paga, sino con una subvención para montar un cuartel en el malecón y equipar un bote especialmente dispuesto para el objeto.

Y el cuartel fué construído. Es una casita de tablas, pequeña, pero llena de comodidad, y más que de eso, de una simpatía que atrae, que sujeta a los voluntarios. Tiene un comedor, sala de reuniones, cocina y camarotes provistos de literas, pues cuando el temporal se acerca y los voluntarios tienen necesidad de estar acuartelados, viven igual que en un barco. Así, cuando el capitán envía a uno de sus hombres a pedir órdenes o a averiguar un dato a la Goberna-

ción Marítima, éste dice con toda naturalidad:
—Voy a bajar a tierra.

En las paredes hay cuadros que representan navíos de diversas condiciones y escenas de salvatajes; retratos, instrumentos para

apreciar el estado preciso del tiempo, etc.

Sobre el jardín del cuartel se eleva un mástil, en cuyo extremo es izada una bandera triangular, que para los salvavidas tiene un gran significado: ¡peligro! Cuando ella flota los voluntarios saben que su presencia es necesaria de un momento a otro y se recogen al cuartel donde pasan días y noches enteros. Empleados

de oficina, hombres de mar, humildes trabajadores. Todos en el cuartel son iguales, pues persiguen un mismo ideal.

Esta es la obra de Oluf Christiansen, marino danés nacionalizado en Chile, que sin duda se siente mucho más chileno que danés; capitán del bote salvavidas y del Dique Valparaíso, ese armatoste que flota en las aguas de la antigua Perla del Pacífico, y del cual emergen flaman-tes los barcos que entraron a él derrotados por las iras del Océano. Este es el hombre y el marino.

A la fecha en que el que estas líneas escribe estrechó la mano de Christiansen y se embarcó con él,

en un día de temporal, el Cuerpo de Salvavidas había librado de la muerte a 360 hombres, arrancándolos a tirones, después de ruda lucha de las fauces insaciab-les del mar.

L. E. D.



El Capitán Christiansen y su segundo

